

Nacer, vivir... morir

**¿Puede la muerte proyectar
algo más que sombras sobre la vida?**

Miguel Buendía Muñoz



VALENCIA 2017

© del texto y su maquetación: Miguel Buendía Muñoz
E-mail: mbuendia524y@cv.gva.es // miguelbuendia@ieslesdunes.com

© de la portada: Begoña Movellán Quesada

© de esta edición: PSILYCOM Distribuciones Editoriales
C / San Juan de la Cruz, nº 9
46009 – Valencia. España. www.psyli.com – www.lowcostbooks.es
Imprime: BY-PRINT
Impreso en España – *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-947591-8-5

Depósito legal: V-3466-2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Nacer, vivir... morir

**¿Puede la muerte proyectar
algo más que sombras sobre la vida?**

*Para Paco y Mercedes,
cuyo recuerdo acabó iluminando mis días*

Miguel Buendía Muñoz –Belmonte (Cuenca), 1961– trabaja desde hace más de 25 años como profesor de Filosofía en el IES *Les Dunes* (Guardamar, Alicante), una labor determinante de todas sus publicaciones. La primera fue el libro *Herramientas para comentar textos. Un procedimiento interdisciplinar para el aula* [Ediciones de la Torre; Madrid, 2001], con la colaboración de Amable López. Más recientemente, y ligados directamente a la docencia filosófica, en la editorial Low Cost Books ha publicado los ensayos *Ventura y desventura del animal humano. Una antropología filosófica* (2012), libro acompañado del CD *Pensar sin muletas. Materiales didácticos*; y *Platón o cómo se filosofa desde la caverna* (2013), igualmente con el complemento de sus herramientas didácticas en el CD *La caverna y el martillo*.

También ha publicado en Low Cost Books (2013) su novela *La linterna de Sísifo o el hombre loco en la caverna*, la cual –aunque de lectura completamente autónoma– pretende ser, en el campo de la literatura, una prolongación de la citada monografía sobre Platón, a la par que el preámbulo de otra, en proceso de elaboración, de título *Nietzsche o cómo se filosofa a martillazos*.

índice

PRÓLOGO	_____	9
I -. ¿PUEDE LA MUERTE PROYECTAR ALGO MÁS QUE SOMBRAS SOBRE LA VIDA?	___	11
II -. EL OLVIDO QUE SEREMOS, por Héctor Abad Faciolince	_____	55
III -. BREVE NOTA AUTOBIOGRAFICA	_____	59
IV -. INTERLOCUTORES	_____	61

*Envejecer cada día
con la razón luminosa
sembrándote la oscuridad de pérdidas.
Y cada día, dígame,
más sobria la magia.*

Francesc Ibarra i del Rei

PRÓLOGO

Nemo: así se llamaba el simpático pez payaso que venía en mi ayuda cuando al amanecer encontraba algún pececillo flotando en la pecera. «¡Papa, papá!, ¿dónde está Corsario?», me preguntaban mis hijos pequeños al levantarse, tristes y sorprendidos por la ausencia del pez. «*Ha escapado de la pecera –les consolaba– y, a través del desagüe del fregadero, ha llegado hasta el mar, donde nada camino de Sidney buscando a Nemo...*».

Con tres o cuatro años, ¿para qué meterme en *berenjenales*?, pensaba autocomplaciente al responderles así, aplazando perfilar una respuesta que, llegado el momento, pudiera satisfacer las preguntas que mis hijos me plantearan en relación con la muerte. Porque apelar a Nemo y a Sidney, al fin y al cabo, no era muy diferente de recurrir a Dios y al cielo: una alternativa a la que desde mi agnosticismo renunciaba, pero que recreaba al mandar al pececillo muerto a *otro lugar* muy distante del nuestro, Sidney, donde le aguardaba la protección de *otro ser legendario*: el aguerrido Nemo.

El breve ensayo que aquí presento no es, desde luego, la transcripción de lo que yo hubiera contado a mis hijos apremiado por una muerte cercana y dolorosa. Esa muerte, por fortuna, no llegó y a día de hoy, siendo ya adolescentes, me he ahorrado la complejísima tarea de contarle a un niño qué es eso de morir.

Miguel Buendía Muñoz

Este escrito, bastante menos pretencioso, surgió más bien como un ejercicio previo de clarificación personal: precisar –y para lograrlo, nada mejor que escribirlo– qué es lo que yo, desde mi agnosticismo, sentía y pensaba sobre la muerte.

¿Aspiran, pues, estas páginas a enjugar intelectualmente las lágrimas que pudiéramos derramar a raíz de la muerte de un ser querido? No, desde luego. «*El corazón tiene razones –escribió Pascal– que la razón no entiende*», y su llanto, en tales casos, resultará inconsolable a base de argumentos.

Sin embargo, antes o después de que el corazón exprese sus razones, envueltas o no con lágrimas, la propia razón puede aportar las suyas, explicando así lo que pensamos y hasta tratando de esclarecer lo que sentimos. A este doble objetivo intelectual sí aspiran las siguientes páginas que, habiendo sido escritas –según apunté– como un ensayo personal de clarificación, quizás también puedan ayudar al lector a arrojar algo de luz sobre esa muerte, *parto inverso*, que por su parte solo parece proyectar sombras en nuestras vidas.

Julio de 2017

I-. ¿PUEDE LA MUERTE PROYECTAR ALGO MÁS QUE SOMBRAS SOBRE LA VIDA?

Preguntas que lanzaremos contra el frontón de la muerte ¹

P₁. ¿Nos humaniza la conciencia de la muerte?

P₂. ¿Cómo concebir la muerte: como *aduana* hacia otra supuesta vida o como *frontón de preguntas sobre esta vida*?

- **P_{2ab}.** ¿Es la muerte tan sólo la *aduana* de acceso a otra vida? ¿Sería *vida* lo que podría aguardarnos tras la muerte?
- **P_{2c}.** ¿Qué se deduce de pensar la muerte como un *frontón*, si sobre ella lanzamos preguntas en relación con la vida?

P₃. ¿Qué *sabemos*, más allá de lo que *creemos*, sobre la muerte?

- **P_{3a}.** ¿Por qué tememos nuestra propia muerte?
- **P_{3b}.** ¿Por qué nos duele la muerte ajena?
- **P_{3c}.** ¿Sería deseable que ninguna muerte nos doliera?
- **P_{3d}.** ¿Qué *sabemos*, además de que es dolorosa y temible, sobre la muerte?
- **P_{3e}.** ¿Sería *vida* una existencia inmortal?

¹ Se comprenderá el sentido de este subtítulo cuando respondamos la pregunta **P_{2c}**. Avanzo, además, que para facilitar la visualización de las etapas de mi escrito resaltaré en negrita las preguntas desarrolladas en los sucesivos bloques argumentales, incluidas las cuestiones secundarias en las que algunas se desdoblan. En cuanto a sus respuestas, las destacaré precisando su referencia y mediante una línea vertical marginal, línea que será punteada en las referidas a las preguntas secundarias.

P₄. ¿Qué *sentido* imprime la muerte a la vida?

- P_{4ab}. ¿A qué *inmortalidad* terrena podemos aspirar? ¿Qué esperamos que *guarden* de nosotros, cuando muramos, quienes nos quisieron o nos conocieron?
- P_{4cd}. ¿Qué *inmortalidad* terrena podemos conceder a los demás? Más que guardarles el luto a nuestros seres queridos, ¿qué deberíamos *guardar* de ellos?
- P_{4e}. ¿Cuál es la última *deuda* que contraemos con nuestros muertos?
- P_{4f}. ¿Tenemos derecho a *olvidar* a nuestros muertos, cuya frágil *inmortalidad* terrena depende de nuestro recuerdo?

P₅. ¿Puede la muerte proyectar algo más que *sombras* sobre la vida?

Un niño puede, desde luego, preguntar cualquier cosa; pero hay, en mi opinión, preguntas propiamente *infantiles*, mientras que otras, aunque también ellos las formulen, no lo son realmente. Si un niño, por azar, escucha hablar sobre psicoanálisis o sobre la ley de gravitación universal no es raro que pregunte al respecto, cuestionándonos qué es eso del psicoanálisis o sobre la mencionada ley gravitatoria. Tales cuestiones no serán, sin embargo, sino preguntas *postizas*, *heredadas* prematuramente de los adultos, al contrario que si nos pregunta por qué se caen las cosas o por qué sueña con monstruos malísimos, interrogantes que sí serían propiamente *infantiles*.

Algo semejante ocurre cuando pregunta qué es dios o si existe dios: el niño, en este caso, está igualmente preguntando por la *teoría* (o por la supuesta *respuesta...*), no por una *realidad* que pueda ser realmente objeto de sus preocupaciones. La *realidad*, en este otro ejemplo, podría constituir la muerte: un hecho que, sea o no en su variante humana, sí es observado por el niño, empujándole a preguntar por qué no se despierta el pececillo del acuario o dónde está el abuelito.

No me acucia personalmente la necesidad de responder a ninguna de estas últimas preguntas: en mi entorno personal, y por lo tanto en el de mis hijos, no ha muerto recientemente nadie cercano que les haya empujado a cuestio-

narme sobre su paradero. En este sentido, sus preguntas por la muerte, aunque sé que para ellos podrían ser *vitales*, no son para mí tan apremiantes como lo serían en circunstancias más tristes.

Y es precisamente esta doble circunstancia –tener hijos en edad de preguntarme qué nos pasa cuando morimos y, por otra parte, no estar personalmente afectado por el dolor de una muerte cercana– la que determina que me plantee sistematizar mi pensamiento en relación con la muerte, intentando dar forma a una respuesta que me permita, llegado el momento, no responderles con un recurso que, a mi parecer, más que contestar la pregunta, la cancela en falso. Me refiero, evidentemente, al recurso a *dios* como forma de eludir una de las preguntas fundamentales que puede plantearse cualquier ser humano, incluido cualquier niño².

Quede claro, pues, que afronto la pregunta sobre **si la muerte puede proyectar algo más que *sombras* sobre la vida** desde el agnosticismo; y que intentaré, por lo tanto, ofrecer una respuesta alternativa a las pseudo-respuestas que –desde mi personal perspectiva: es decir, desde *mis creencias*, pues todos tenemos *creencias* respecto a lo que no se puede *saber*– ofrece la religión: una instancia que a lo largo de los siglos ha intentado, y seguramente en gran me-

² Supongo que es innecesario precisar –pero aún así lo haré– que el hecho de elaborar este breve ensayo filosófico aprovechando que necesito organizar mis pensamientos para responder a mis hijos no quiere decir que mi respuesta vaya a consistir en leerles estas páginas. Confío en que, llegado el momento, sabré ponerme *a su altura*: una altura que, a fecha de hoy (mediados de 2005), a la edad de 4 años apenas alcanza los 100 centímetros...

dida ha conseguido, monopolizar la reflexión humana sobre la muerte.

Y para valorar si todo es o no es *sombrío* en el pensamiento de la muerte, me plantearé una serie de cuestiones previas que iré trenzando como eslabones argumentales hasta desembocar en mi respuesta a la pregunta fundamental.

¿Nos humaniza la conciencia de la muerte? Inicio mi disertación respondiendo a esta pregunta, después de la cual –haciendo uso de un par de metáforas que confío sean clarificadoras– me posicionaré en relación con dos concepciones alternativas de **la muerte: concebirla como *aduna* o como *frontón*...** Desde el posicionamiento adoptado abordo, a continuación, **qué *sabemos*, más allá de lo que *creemos*, sobre la muerte;** indagando a partir de este ***saber* qué *sentido* imprime la muerte a la vida.** Que pueda hallar este *sentido* será, para concluir, determinante de mi respuesta a **si puede o no la muerte proyectar algo más que *sombras* sobre la vida.**



Para abrir mi primera cuestión, **¿nos humaniza la conciencia de la muerte?**, propongo considerar la siguiente escena... Un grupo de individuos se dispone a vadear un río bastante caudaloso. Para minimizar el riesgo forman en cadena, reforzando su unión al agarrarse de dos en dos a un mismo palo. Así ensamblados comienzan a atravesar el cauce, yendo todo bien hasta que, desde el fondo de las aguas, emergen de repente las fauces de un cocodrilo que arranca

de la fila a la última de ellos sin que los demás puedan ayudarla. Al alcanzar la otra orilla, el grupo contempla cómo se difumina la mancha rojiza que en las aguas ha dejado el cuerpo desgarrado de su compañera, pero pronto todos reinician su marcha. Todos menos uno: este permanece sentado en una roca con la mirada perdida en ese lugar en el que desapareció la que seguramente fue su pareja. Las imágenes nos muestran su rostro entristecido y observamos que las lágrimas poco a poco van poblando sus mejillas...

La escena –aunque yo la vi en un documental³– seguro que refleja acontecimientos reales, si bien no acaecidos en nuestra historia ni siquiera en nuestra prehistoria sino hace millones de años. Sus protagonistas fueron un grupo de homínidos (*homo ergaster* en el relato fílmico) y, para mí, en unas pocas imágenes el documental muestra a la perfección hasta qué punto la progresiva conciencia de la muerte fue determinante en nuestro proceso de *hominización*.

Las lágrimas del homínido no permiten, por otra parte, determinar el grado de su conciencia respecto a la muerte: si eran tan sólo expresión del dolor por la pérdida de su hembra o también manifestación del pensamiento de su propia mortalidad futura. Da igual, la muerte ya estaba ahí, haciéndose sitio en su corazón incluso antes que en su cerebro, quizás todavía incapaz de *pensar* hasta qué punto iba a cambiar la concepción que los homínidos y los humanos tendríamos de la vida.

Y es que en nuestro proceso de *hominización* seguramente nos ocurrió algo parecido a lo que nos acontece en la etapa que abre nuestra *humanización* como individuos:

³ *La odisea de la especie*, de Jacques Malaterre (director) e Yves Coppens (asesor científico).

«Una de las trampas de la infancia –afirma Carlos Ruiz Zafón⁴– es que no hace falta comprender algo para sentirlo. Para cuando la razón es capaz de entender lo sucedido, las heridas en el corazón ya son demasiado profundas».

¿Nos *hominizó* como especie la conciencia de la muerte, nos *humaniza* como individuos? Sí, somos *homo sapiens*, entre otras razones, por ser conscientes de nuestra finitud, conciencia que igualmente define al humano adulto frente al niño. Vivimos, en efecto, una especie de *luna de miel* en nuestra infancia antes de conocer las *hieles*, el amargo sabor que deja la presencia de la muerte. Habitamos esos primeros años de nuestra vida instalados en la *eternidad*, a semejanza de esos dioses que ubicamos en sus respectivos olimpos para tratar de consolarnos de nuestra ineludible conciencia de la muerte. «*Si no tuviéramos miedo a la muerte* –defiende Bertrand Russell–, *no habría nacido en nosotros la idea de inmortalidad*»⁵.

Y si nos cuestionamos si nuestra especie monopoliza o no esa conciencia de la muerte, yo no dudaría en afirmarlo. Siendo evidente que es muy distinta la mente de un chimpancé que su equivalente en un gusano, no me cuesta reconocer que ciertos animales –pensemos, por ejemplo, en nuestros perros– *sienten* de alguna manera la muerte de sus congéneres e incluso la de otros animales: entre estos, la de sus *mejores amigos* humanos –siguiendo con el ejemplo– en el caso de los perros. Ahora bien, ¿es capaz ese *sentimiento*

⁴ Carlos Ruiz Zafón: *La sombra del viento*, p.45.

⁵ La cita la recoge Eugenio G. Pérez del Río en *La muerte como vocación en el hombre y en la literatura*, p.74. Advierto que, en lo sucesivo, citaré a algunos autores cuyas palabras –salvo que precise su referencia concreta– también las habré tomado de este libro.

de proyectarse hacia el futuro como *pensamiento*: es decir, no ya de *sentir* la muerte de un semejante cercano, sino de *generalizar* la irreversibilidad de la muerte como definitiva de cualquier ser vivo, incluido el propio individuo? Ahí me temo que no, que el resto de especies animales hasta ahí no alcanzan, siendo esa conciencia –así como las sombras y las luces que proyecta sobre la vida– monopolio del ser humano.

R₁

El hombre es, pues, el único animal que sabe que va a morir: la conciencia de la muerte nos *humaniza* singularizándonos entre los seres vivos y distanciándonos, a su vez, de esas divinidades en las que hemos proyectado nuestras ansias de inmortalidad.

§ § §